LOS COMPADRES CODICIOSOS.

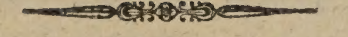
COMEDIA ORIGINAL.

EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

POR

El Dr. D. ANTONIO MARQUES Y ESPEJO, presbítero, pensionado por S. M., y autor de otras varias piezas en prosa y verso.

Representada en Madrid por la compañía de Rueda.

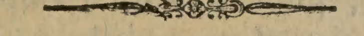


VALENCIA:
EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.
Año 1826.

PERSONAS.

D. Simplicio, negociante ridículo.
D. Eleuterio, su compadre, del mismo caracter.
Doña Prudencia, esposa de D. Simplicio, y madre de
Doña Manuela, hermana de
D. Fernando, joven capitan.
El Baron de N., amante de Doña Manuela.
Clara, camarera de Doña Prudencia.
Camilo, criado de la casa de Doña Prudencia.

La escena es en Madrid en casa de Doña Prudencia, y en su antesala con tres puertas.



ACTO PRIMERO.

Clara limpiando con un plumero, y cantando: Camilo sale despues que aquella acabó con su seguidilla.

Clar. Mientras sea soltera
viviré alegre;
pues no da el matrimonio
lo que promete.
Libertad mia,
tú eres el fundamento
de mi alegría.

Cam. Buenas tardes, Clarita.

Clar. Por aqui andas tú, Camilo? ¿Pues

no ha salido nuestra Ama?

Cam. Y qué, si tengo quien ocupe mi plaza para su acompañamiento, y tal vez con mas gusto que el que pudiera tener yo mismo en irla sirviendo. Desde que el señor Baron trabó su conocimiento con ella, está tan fino con madre é hija, que no basta toda mi perspicacia para discernir de fijo á cual de las dos dirige sus obsequios.

Clar. De modo es que cuando los ofrece el honor, puedan á un tiempo dirigirse á ciento sin el menor descrédito.

Cam. Ya! pero cuando la madre conserva todas las gracias de la juventud, aunque en una edad mas que mediana; cuando está como una soltera, porque su marido ha puesto el mar por medio; cuando....

Clar. Quieres callar, socarron!

Cam. Pero yo hasta ahora qué he dicho?

Clar. Ya sé que dirias mucho mas si quisiera yo escucharte; y que esos cuandos con que has empezado á hablar de la Ama, no hubieran cesado hasta que hubiesen recaido sobre la señorita, con el estilo propio de la ilustre profesion de un page.

Cam. Pues bien, quiero complacerte. No

diré mas de ellas, pero al menos hablemos de su casa, en que vivimos. Bien lo sabes; ocho años, cuatro meses y tres dias, que á una misma hora entramos los dos en ella....

Clar. Alabo la memoria.

Cam. Y desde entonces, qué cambio, qué revolucion política ha habido aqui! Estas paredes desnudas y descortezadas se han vestido con lujo y magnificencia; aquellos muebles de entonces, muy pocos, malos y antiguos, desalojaron este campo, cediendo su puesto á los que desembarcaron de Londres y Marsella. Las sopalandas del mayorazgo de la casa....

Clar. Chiton! chito! Mira que pronto vuelves á sacudir el polvo á la ropa de los amos! Yo voy de una vez á atajar tus interpretaciones. Oyeme un instante, y acabemos para siempre con tus temerarias palabras. Nuestra ama Doña Prudencia ha sido la autora de esa mutacion de que hablas; pero por qué? y cómo? Esto es lo que excita tu curiosidad; mas no habiendo en ello ningun misterio, pueden publicarse sus motivos. Nacida esta señora de una familia noble, y educada con todo el cuidado y delicadeza,

digna de las de su clase, quedó huérfana muy joven, sin otros bienes que los de su virtud y su belleza. Por lo comun sirven estos de poco para un buen matrimonio, si no los acompaña un competente dote. Asi es como se vió en la política obligacion de tener que admitir el que le ofreció un mercader estrafalario y grosero, de aquellos que no tienen mas idea de la nobleza de su profesion, que la de recoger mucho y gastar poco. Con esta conducta, aumentándose sus deseos de mayores ganancias, partióse para la América. Dejóse á su muger con sus dos hijos en el estado de miseria en que él se habia criado. Supo complacerle mi señora viviendo en su retiro, separada de toda ocasion de gastos y dispendios. Con el discurso de los años, cuando ya desde allá la habia él remitido bastantes cantidades, no dudó en imponerlas donde la redituasen para la educacion y el establecimiento de sus dos queridos hijos. Dejó el padre encargado, que se destinara á la abogacía el señorito D. Fernando. En el tiempo de sus estudios observó su madre que no progresaria en semejante carrera, porque le repugnaba, y mudó de pare-

cer, bien informada de que se debe cultivar el natural del hombre, pero no violentarlo. Como él habia nacido valeroso, agudo y de excelente corazon, atenta siempre á la observacion de su talento, ha hecho de un mal abogado un buen oficial militar. A su hija Doña Manuela, segun colijo, la va preparando ahora el estado á que la ve inclinada. Este Sr. Baron, amigo de toda esta casa, y sugeto de las mejores prendas, enamorado de la señorita, se casará con ella. En fin nuestra buena Ama, que supo tolerar la indigencia de su primera situacion, lejos de abusar de su próspera abundancia, la ha hecho servir á la satisfaccion y al bien de toda su familia. Ella tiene varios amigos, pero todos modestos, francos, sin orgullo y sin deudas. En su tertulia se nota siempre el buen humor: el juego es puramente de diversion: jamas á sus recreos se ha seguido el arrepentimiento. Madrid la reconoce, no solo por una digna amiga, sino por buena esposa y mejor madre. Basta ya de relacion que concluyo, encargándote mucho silencio, no menos discrecion, y una eterna gratitud á unas personas que nos favorecen con

buena paga, mejor trato, y lo que es mas aun con la enseñanza de la moralidad de sus egemplos.

Cam. Has acabado! Pues con tanto hablar, solo una particularidad te he oido, de que deba alegrarme.¿Con que tendremos boda?..

Clar. Y acaso no será sola.

Cam. Eso sería mejor. Que nos casásemos los cuatro á la vez.

Clar. De la que menos yo me acuerdo es de esa en que estás pensando siempre.

Cam. ¡Como decias, que será boda doble!

Clar. Es que nuestro señorito no ama menos á la hermana del Baron; que este á Doña Manolita. Es pues muy natural, que unos solteros enamorados....

Cam. Por esa misma razon decia yo que nosotros....

Clar. No se trata ahora de eso.

Cam. Pero pudiera tratarse.

Clar. Eso pide mas tiempo, y ahora no le tenemos, porque es fuerza disponer el refresco. Va á llegar la Ama, y lo pedirá al punto.

Cam. ¿Y por qué no podremos mientras tanto hablar del mismo asunto?

Clar. Dale bola!... pero el Ama, el Ama!

Vanse corriendo.

Salen Doña Prudencia, y el Baron sirviéndola de bracero: aquella quitándose la mantilla.

D. Prud. ¡Cómo quiere usted, señor Baron, que pueda yo dar á usted mi hija sin el consentimiento de mi marido!

Bar. Cómo? Con una sola sílaba. Un sí basta, y no hay cosa mas facil.

D. Prud. Bien; pero ¿y mi marido?

Bar. Usted me mata con su marido. ¿Para qué necesitamos de semejante hombre?

D. Prud. Pues qué! ¿mientras está ausente?...

Bar. Al ausente por espacio de tantos años se debe reputar por muerto. Si acaso vive, es en el fondo de la América, y para acumular mas y mas bienes con su roñería, á fin de que los gaste usted noblemente. Para esto bueno es que viva; pero lo reputo por muerto, cuando se trata de disponer de la mano de Doña Manolita. Este cuidado debe ser propio y peculiar de usted que la ha criado. Desde una distancia tan larga, no se puede arreglar bien á los hijos.

D. Prud. Tengo bastante bondad, y puede usted conocer que aunque no tenga yo por D. Simplicio, mi esposo, un amor

ciego y arrebatado, sin embargo le quiero como se debe, con juicio; y le debo cierto respeto y mi justa obediencia.

Bar. ¡Vaya, señora, usted se burla!... Quién!... ¡Usted debe respetar á D. Simplicio! Bravo! Pues si le hubiera usted creido, la veriamos hoy vestida de cordellate, y habitando una guardilla. De lo que usted se debe acordar es del excesivo honor que usted le hizo, casándose con un mercader tan grosero. ¿Y querrá usted ahora sacrificar su preciosa hija al hijo de algun usurero? Al de ese D. Eleuterio su compadre. Pues yo estoy muy seguro de que asi lo quiere D. Simplicio. Si usted le respeta, debe hoy mismo entregársela.

D. Prud. Acaso no sea asi. La última vez que me escribió, me hizo ya el honor de remitirme su poder general.

Bar. Y bien! ¿por qué no se aprovecha usted de él para hacer mejor eleccion de un digno esposo de su hija?

D. Prud. Me alegrara ciertamente poder complacer á usted, y tenerle por mi yerno. No es la primera vez que he escrito á mi esposo, que fiase á mi cuidado el establecimiento de mis dos queridos hijos;

pero creo que este D. Eleuterio lo enreda todo. En fin, veremos. Volveré á escribir á América.

Bar. ¡Ciertamente que las medidas van bien tomadas! Usted se empeña en escribir al otro mundo, para despues de cinco ó seis años recibir una respuesta negativa en este. Yo conozco mejor que usted misma á su marido. Solo al oir el nombre de Baron se va á quedar descuajarado, creyéndose que van á entrar á saqueo en su casa. El no ha tenido en toda su vida mas pasion que la de la plata. La del amor le ha sido siempre desconocida. En fin, señora, dígnese usted estrechar por el himeneo este tierno nudo, si desea la felicidad de dos finos amantes, que no esperan otra dicha mas que la de pasar su vida junto á usted para respetarla y servirla.

D.Prud. Me alegro de oir que estima usted á mi hija con ese extremo.

Bar. La adoro seguramente; y para colmo de mi ventura pienso dar mi hermana á su hijo de usted, que no la estima menos. Asi tendrá usted cuatro hijos, que con un espíritu obediente y un corazon lleno de ternura.... (*Se interrumpe viendo*

salir á Doña Manuela, se dirige á ella, y la trae de la mano.) A buena hora entra usted, señorita. Venga usted á pleitear nuestra causa comun. Convenza usted á su señora madre, cuyo buen corazon desconozco ahora, porque le hallo inflexible, y parece de bronce.

D. Prud. Siento que usted diga eso. Aqui ves, hija mia, este caballero, que se empeña con obstinacion en hacerse de nuestra parentela, y lo pretende con tal ardor, que temo que llegue á disgustarte.

D. Man. Bien puede usted desechar ese miedo, madre mia: como él no haya disgustado á usted, no puede incomodarme á mí.

Bar. Ya ve usted como procura justificarme. Ahora somos dos contra usted. No duda de nuestros deseos. Dígnese usted ser sensible al ardor de una llama tan pura. Usted la encendió: no es creible que quiera ver morir á dos personas que no pueden vivir separadas. (*A Doña Manuela que se sonrie.*) Vaya, dígale usted tambien algo, ayúdeme usted. No estamos ahora para risas.

D. Man. ¡Pero si usted habla tan bien, que no me deja que añadir! Yo temo excederme,

abrazando con demasía su partido.

D. Prud. Sí, hijos mios; sobre que estoy viendo que es muy importante la conclusion de este asunto cuanto antes. Mi felicidad depende tambien del cumplimiento de los de ustedes; pero ¿y mi marido?

Bar. ¡Dale con su marido! Su pusilanimidad se confunde al recuerdo de un groserote.

D. Man. ¡Mire usted que es mi padre!

Sale D. Fernando, y dice al paño.

D. Fern. Creo que hablan de esponsales. Ya que llegamos tan á tiempo, nos haremos de la parte.— Espero, madre mia, que me dará usted tambien cartas para este juego. El señor Baron me hace el honor de concederme su hermana por esposa. Yo la amo con una pasion inexplicable. Ruego á usted que se compadezca de mí. En tal caso nos bastará á los cuatro un dia solo de boda. Suele ser poco comun el saber hacer á dos corazones dichosos por el amor; pero hacer á cuatro felices con solo una plumada, con una palabra sola: este es un placer peregrino muy propio de mi querida madre, quien será igualmente feliz que nosotros.

Bar. Esta señora está indecisa. Nada se la da, ni se interesa en nuestra suerte.

D. Man. Habiendo sido usted siempre tan buena para nosotros, ¿podria ahora tratar con tanto rigor á este hijo, á quien usted tanto ama? ¿Podrá hacerle infeliz?

D. Fern. ¿Querrá usted que se desespere una hija tan obediente á sus preceptos? Está amando con la mas decente ternura, y creo que la negativa de usted va á hacerla caer enferma.

D. Man. Yo conozco el caracter de mi hermano; leo en su corazon amante, y sé, madre mia, que el negarse usted á sus ruegos le hará morir de dolor. Por mí sab é obedecer á usted sin réplica.

D. Fern. Lo que digo yo es por mi hermana.

D. Man. Yo si hablo es por mi hermano.

Bar. Y yo por todos.

D. *Prud.* Oiganme ustedes tres, hijos mios. Estoy viendo con gusto su mutuo amor, y lo apruebo. Conozco que semejante alianza nos conviene á todos. Llegará el caso en que cumpla yo la palabra que tengo dada á ustedes; pero....

Bar. ¿Volvemos á los peros? Apuesto á

que iba usted á repetir aun: pero ¿y mi marido?

D. *Prud.* Sin duda. No hay otro inconveniente.

D. Man. ¡Qué ansia!...
y (*A un tiempo.*)
D. Fern. ¡Qué tormento!...

D. Prud. Oh!... Déjenme ustedes hablar.— Debeis saber, hijos mios, que cuando me casé no tenia aun quince años. Cuanto soy y valgo lo debo á otro honrado padre. Entonces empezaba él á hacer su fortuna por el comercio. Tuvo la habilidad de recoger, y de ir guardando lo que juntaba, trabajando mucho y gastando poco. Cuando partió para la América, lo único que me encargó fue el poco gasto. Sin embargo para daros una buena educacion no he perdonado ni diligencias ni oro. Queria él que estuviésemos siempre en un mal entresuelo, y yo me he establecido de un modo mas decente. A ti, hijo mio, te destinaba para la abogacía, muy empeñado en que arrastraras por la universidad las bayetas; mas yo he sabido con arreglo á tu inclinacion beneficiarte una compañía en un noble regimiento. Hoy pretende, bajo la

pena de su eterna indignacion, que la hija y el hijo del ridículo D. Eleuterio casen con vosotros dos; pero prometo á ustedes que yo desharé este proyecto, á lo que estoy muy resuelta.

D. Fern. Mas lo estamos nosotros.

D. Prud. Sin embargo no dejo de temer la cólera de vuestro padre.

Bar. Como se resentirá desde tan larga distancia, no creo que se la deba temer mucho.

D. Prud. Dos años hace que su querido amigo y compadre D. Eleuterio está apretando los cordones de su bolsillo....

D. Fern. Sí; pero para nada le necesitamos.

D. Prud. Es que yo he consultado.

Bar. Mas no ha sido con nosotros.

D. Prud. Me he informado sobre este particular, y se me ha dicho, que no podeis contraer matrimonio en la menor edad contra la voluntad de vuestro padre.

Bar. Es asi, cuando está el padre en su casa; pero cuando está en el otro mundo, pueden muy bien casarse sin él en este.

Clara sale.

Clar. Ahí está el señor D. Eleuterio, que quiere derribar la puerta á aldabazos;

viene á cierta diligencia, que dice que es para usted, señora, de la mayor importancia: estas son sus mismas palabras.

D. Prud. Sufrámosle hasta que Dios quiera. Dile que entre. (*Le introduce Clara.*) ¡A estas horas, señor D. Eleuterio! ¿Qué hay de nuevo?

D. Eleut. Mucho, y bueno.

Bar. Bravo!

D. Prud. Pues qué?

D. Eleut. Voy á decírselo á usted. (*Sacando una carta.*)

D. Fern. Vendrá usted á presentárnos algun nuevo taleguillo, desembarcado de América, de parte de padre.

D. Eleut Bien, bien. Esta es orden expresa de su padre de usted. Aqui la traigo. (*Da la carta á Doña Prudencia.*) Mi hija es la nuera de usted, y mi hijo su yerno, ó lo serán prontamente.... Léalo usted ahí.

D. Prud. (*Despues de haber leido para sí.*) El mandato es terminante. ¡Qué le haremos!...

D. Eleut. Toma! Al dueño, al señor de usted obedecer sin réplica. El va á venir prontamente, y ha llegado ya un encargado suyo. No tengo tiempo para nada.

Usted vea como disponerlo todo prontamente.

D. Prud La propuesta debe acomodaros, hijos mios, y no puede llegar mas á tiempo. ¿Qué os parece?

D. Fern. Lo mismo que á usted.

D. Man. Yo obedeceré á usted en todo.

Bar. Lo que es por nosotros, no deseamos mas que abreviar el asunto. (*A D. Eleuterio*) Este himeneo arrebata mi corazon.

D. Eleut. Y que á usted le arrebate ú no, ¿á mí qué me importa?

Bar. La alegría me enagena.

D. Eleut. ¿Por qué se alegra usted tanto del buen éxito de mis negocios?

Bar. Porque soy un servidor de usted, de su amigo D. Simplicio, de mi señora su esposa, y no menos de la señorita. ¡Me importan estos dos matrimonios tanto! Si soy íntimo amigo de toda la casa.

D. Eleut. No me acomoda eso mucho.—Señora, sin necesidad de amigos, acabemos pronto con este asunto.

D. Man. Qué! Tan pronto?

D. Prud. ¡Sin darme el tiempo de pensarlo! ¡Sin ver mi nuera y mi yerno! ¡Sin presentármelos! Eso es mucho apurar.

D. Eleut. Para casarse en forma, se necesita

que los novios se hayan visto antes muy poco.

D. Prud. En efecto, que asi se suelen querer mas despues. Pero yo quisiera, como buena madre, abrazar antes á vuestra hija, y ver por un rato á mi yerno.

D. Eleut. Cuente usted con que los está viendo ya en mí. ¡Pues no es nada! Todos dicen que mi Blasa es un retrato mio, y que mi hijo es otro yo.

D. Prud. (*ap.*) ¡Preciosas criaturas!...

D. Fern. Por mí estoy ya enamorado.

D. *Eleut.* ¿De mi Blasica?

D. Fern. Ah! sí. Del hermoso objeto que reina en mi corazon, y me ha dado el suyo.

D. Eleut. No comprendo á usted. Será la primera vez que haya ella dado nada. (*A Doña Manuela.*) ¿Y usted no me dice tambien algo? Mire usted que sale bien librada.

D. Man. Yo prometo que haré consentir mi obligacion y mis delicias en complacer á mi tierno amante.

D. Eleut. Usted no me responde al caso. ¿Mi hijo su tierno amante?

Bar. Aseguro á usted de que lo es.

D. Eleut. (*ap.*) ¡Este hombre es raro! (*Al*

Baron.) No se meta usted en esto, ni con los que vamos á casar. (*Le hace el Baron varias cortesías.*) Señora, veo que quedo airoso en mi comision, y que tienen aqui todos por mi compadre D. Simplicio la sumision debida. No falta mas para esto que unas cuantas firmas. Mañana traeré á usted los futuros. Tendrá en ellos unos hijos dóciles, respetuosos, y sobre todo, económicos. No, no dejarán de gustar á usted, aunque no tienen mucho aire de mundo.

D. Prud. Que importa eso. Es una bagatela.

D. *Fern.* Ya estoy viendo yo con arrebato su gracia natural y sencilla....

D. Man. Y su mucho juicio, á imitacion de su padre.

Bar. Yo los creo de mucho gusto.

D. Eleut. No señor, nada de eso. — ¿Para qué querrán (*ap.*) aqui á este hombre? — Con que, señora, hasta mañana. La boda frugal y económica. No hay necesidad de ruido para casarse. Ahora es ya tarde; y por la noche no se abren las puertas de mi casa, porque jamas hemos salido despues de las oraciones.

D. Fern. ¿Pues qué hacen ustedes por la noche?

D. *Eleut.* Dormir. Si nos levantamos siempre antes de amanecer. Asi lo hace tambien su padre de usted. Imítenle ustedes si quieren vivir gordos y sanos. Vaya hasta mañana, señora, que yo vendré tempranito.

D. *Prud.* No hay necesidad de que sea tan temprano.

Bar. El buen señor vale un mundo.

D. *Eleut.* (*yéndose.*) Este hombre me enfada. No; como yo venga á las cinco, pisará él á las seis por última vez esta casa. (*Al entrarse le detiene Clara.*)

Clar. Oigame usted una palabrita.

D. *Eleut.* Pronto que es tarde, y estará la puerta de mi casa sin mas que la llave y el cerrojo.

Clar. Cuenta usted dar á mis señoritos sus dos hijos.

D. *Eleut.* Ya está hecho.

Clar. ¿Y en tal caso les acompañará un buen dote?

D. *Eleut.* En eso habrá su mas y su menos.

Clar. Pues es que entonces pudiera usted partir el regalo.

D. *Eleut.* ¿Cómo?

Clar. Dé usted el dote, y quédese con sus hijos.

D. *Eleut.* Mañana, mañana se hablará de la doncella y del amigo. (*vase.*)

Clar. (*Despues de un instante de silencio general.*) Ya veo yo que deja á ustedes todos sin accion ni palabras la propuesta de este usurero.

Bar. Bien ve usted, señora, que nos es indispensable ponernos á cubierto de este detestable contrato.

D. *Fern.* Reunámonos, y concertemos de repente como hemos de rechazar al enemigo. Pongamos en seguridad nuestros derechos.

Bar. (*á Doña Prudencia.*) La obligan á usted á ello, y lo exije asi su propia autoridad. ¿No es verdad, Doña Manolita?

D. *Man.* No estoy ahora para contradecir á nadie.

D. *Fern.* Se necesita, madre mia, que cuando vuelva mañana este grosero, estén ya celebradas nuestras bodas.

D. *Prud.* Sí; pero....

Bar. Ahora estan ya de mas esos peros. O usted se resuelve, ó estamos perdidos.

D. *Prud.* Bien considero que es muy grande el peligro. Yo soy buena, pero.... á quién hemos de recurrir....

Clar. Al escribano, al cura, y á la boda.

Yo me encargo del cuidado de hacerlos venir al punto, y de disponer la cena y la música. Si ademas de esto falta aun algo, yo no puedo hacerlo todo.

Bar. Tiene razon.

D. *Fern.* Y yo quiero que cuando venga aqui mañana D. Eleuterio con el comisionado de mi padre, falte muy poco que hacer.

D. *Man.* Apruebo el parecer de ustedes, y solo espero el de mi madre.

D. *Prud.* ¿Es esta otra última resolucion, hijos mios?

Todos. Si señora.

D. *Man.* Y porque es tambien la mia, vamos á ponerla en egecucion, cumpliendo cada cual con la parte que le toque.

(*vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

Mesa grande con manteles, candeleros sin bugias, ó muy cortas, platos, botellas &c. Sillas derribadas, instrumentos de música, y todo el desorden correspondiente á dar idea de la funcion de boda nocturna. Empieza á amanecer, y sale D. Eleuterio reconviniendo á D. Fernando.

D. *Eleut.* ¡Qué broma ha debido haber aqui toda la noche! ¡Jesus, Jesus! ¡esta es casa de locos! ¡Las mesas puestas todavía; las sillas por tierra; los criados dormidos por los suelos; los bailarines sin poderse tener de pie van á tientas por esa calle! Vaya, indicios violentísimos de un sarao muy costoso. ¿No te corres de vergüenza?

D. *Fern.* Muy al contrario. Se aumenta mi gozo al ver á usted.

D. *Eleut.* Pero, ¿y de qué? Yo no puedo entenderte.

D. *Fern.* De que nuestro matrimonio inspira á toda la familia un júbilo extraordinario. Apenas ayer tarde salió usted de

aqui, se dispuso de repente, para la celebridad de nuestros esponsales, una gran cena con un famoso baile que ha durado toda la noche.

D. *Eleut.* Pues á mí no me acomoda que á tanto ruido se siga tan gran coste, ni que se tenga el gusto antes de tiempo. Este género de vida no le cuadrará á tu padre. Y vamos, ¿qué te queda ya que hacer para cuando te casemos?

D. *Fern.* ¡Si usted conociera el ardor vivo y puro que sentimos los amantes! Si usted supiera....

D. *Eleut.* No sé mas de que no te entiendo.

D. *Fern.* Como usted no tiene un corazon tierno y sensible. ¿Usted no ha amado nunca, señor D. Eleuterio?

D. *Eleut.* Si tal.

D. *Fern.* Cómo! Usted?

D. *Eleut.* Yo, yo.

D. *Fern.* Con que comprenderá usted el dulce arrebato....

D. *Eleut.* Sí; tambien cortejé yo á mi modo por un dia ó dos á mi Quiteria; pero no fue con ese arrebato, ni con esas palabras alocadas con que estás hablando de tu futura.

D. Fern. Lo creo muy bien: en fin, usted me perdonará.

D. Eleut. Eso sí; pero cuando se hayan hecho y firmado los tratados. Vamos, se necesita que yo me avoque con tu madre. Concluyamos este negocio.

D. Fern. Si se acaba de acostar ahora.

D. Eleut. Quién? tu madre?

D. Fern. Participando de nuestra comun alegría, ha bailado tambien esta noche.

D. Eleut. ¡Tu madre es loca!

D. Fern. No, sino prudentísima. Sabe lucirse en las ocasiones, siendo siempre económica.

D. Eleut. Mira, voy á hablarte claro. Estoy esperando á tu padre que llegará muy pronto. Ya está en mi casa su comisionado para arreglar el gasto de vuestras bodas, y disponerlo todo. El va á enfadarse por lo que pasa aqui, y yo lo estoy ya. Otra crianza he dado yo á tu futura mi Blasa. Treinta y dos años tiene, y no conoce las monedas. Ni siquiera en verano gasta abanico, y pasa el invierno sin guantes. Ella barre, friega, cose, y no necesita de criada. Aprende tú de ella si quieres ser muy rico. Esta tarde habeis de quedar casados. Me has pare-

cido siempre juicioso, aunque ese uniforme te ha puesto la cabeza un poco á la gineta. ¡Las compañías!... ¡las compañías!.. Ahora que me acuerdo, aquel currutaco, vuestro amigo, que me enfadó ayer tarde tanto, y me miraba de medio ojo, ¿viene aqui mucho?

D. *Fern.* Continuamente.

D. *Eleut.* Pues me parece que para poner esta casa sobre otro pie, será conveniente que no vuelva mas.

D. *Fern.* Asi debe ser ya.

D. *Eleut.* Me place esa respuesta. Sí, tú tienes docilidad. En cuanto te cases se modulará tu cabeza; pero sobre todo, ¡cuidado con otro baile! Nunca es bueno eso de cambiar la noche en dia, y la mañana en noche.

D. *Fern.* Bien, bien. (*Saludándole en ademan de salirse.*)

D. *Eleut.* ¿Adónde vas con tanta prisa?

D. *Fern.* Al cumplimiento de mis deberes.

D. *Eleut.* (*ap.*) El está rabiando por ver á mi Blasa.

D. *Fern.* Despues de haber bailado tanto, está muy puesto en razon que descanse ahora un rato. Aunque creo que con la fuerza de mi pasion no dormiré mucho

en esta feliz mañana. (*vase.*)

D. *Eleut.* Las novelas han desarreglado un poco su cabeza. A fe que no está asi la de su padre. Sin embargo me creo que no va bien mi compadre en lo que ahora intenta de entrar en su casa de incógnito. Aun asi, haga él lo que quiera. Yo le dejo.... pero ya le tenemos aqui.

D. Simplicio, muy distraido, y mirando los ricos muebles, habla sin oir á D. *Eleuterio.*

D. *Simp.* ¡Qué recibimiento este despues de veinte años de ausencia!... ¡Todo se muda y se corrompe!...

D. *Eleut.* Bien venido, mi querido compadre.

D. *Simp* ¡Válgame Dios!

D. *Eleut.* ¡Ni me responde, ni me ve! (*Observándole.*)

D. *Simp.* ¡Es posible que el trastorno moral de mi muger haya llegado á tal punto! ¡El lujo horrible la ha pervertido! ¡Alguna princesa debe de vivir en esta casa! ¡Qué magnificencia! Yo la pegaria fuego, como no me costase el dinero.

D. *Eleut.* Aun sigue hablando á solas; esta es señal de demencia.

D. *Simp.* Bien se lo merece mi tontería.

Fie usted por un solo mes á su muger la casa, y á los ocho dias ni aun las paredes serán ya suyas. ¡Yo me habia privado con nobleza hasta de lo mas necesario, y se me paga bien! ¡Vaya, yo estoy arruinado y confundido!

D. *Eleut.* Buenos dias, compadre.— A pesar de la felicidad con que has hecho tan largo viage, algo aviejado estás.

D. *Simp.* Lo que estoy es rabiando.

D. *Eleut.* Yo lo creo. A nadie le sabe bien el envejecer, porque le queda menos tiempo para atesorar.

D. *Simp.* ¡No ves esto, compadre! Ya no me queda honor.

D. *Eleut.* Si tal. No te faltará mientras tengas dinero. ¡Vuelves muy rico!

D. *Simp.* Tal cual.

D. *Eleut.* Pues riete del mundo.

D. *Simp.* Tengo traspasado mi corazon. No creo que llegue á trescientos mil duros lo que traigo, pero le andará cerca. Ah!...

D. *Eleut.* Mas pudieras haber hecho, pero como se ha de remediar.

D. *Simp.* ¡Mi muger me arruina! ¡No ve usted que casa esta, qué tren y qué aparato! ¡Perversa!

D. *Eleut.* En tus manos está el remedio.

Sepas ser el amo; métela en un convento.

D. *Simp.* Procuraremos hacerlo asi, como no me cueste muy caro; porque ya ves tú; una separacion curial, con dos ó tres apelaciones, alimentos, devolucion del dote, particion de gananciales, con otras mil zarandajas, aunque el pleito sea ganado por el marido, le ponen en un hospital; y no bastaria lo que he juntado por el otro mundo para semejante pleito. Por otro lado esto no puede seguir asi. ¡Pues si al entrar en el portal me encuentro ya con unos lacayotes de dos varas y media, hechos unos cueros desde la noche anterior!

D. *Eleut.* Pero á estos puedes echarlos sin formacion de proceso.

D. *Simp.* Pues ya pueden contar con que la cena de anoche será el último bocado que tomen á mi costa.

D. *Eleut.* Esa es ya una ganancia segura. Toda esa clase de gentes no sirve mas que para devorar lo ageno. ¡Consumidores ociosos!

D. *Simp.* A mí me han arruinado; esto es lo que siento. Pero vamos, ¿qué te parece? ¿Quieres que sorprenda á mi mu-

ger, y que me finja para ver á mi familia, un comisionado mio?

D. *Eleut.* Ya te tengo yo anunciado como tal. Tú harás lo que gustes.

D. *Simp.* ¿Y cómo fue recibida la propuesta de los matrimonios?

D. *Eleut.* Toma! A dos manos; en ese particular todos quedamos contentos. Tus hijos aman á los mios con delirio.

D. *Simp.* Bien. Me alegro de que se sometan obedientes á mis órdenes.

D. *Eleut.* Estan tan contentos con la boda, que en cuanto les hablé ayer de ella, dieron principio á los festejos.

D. *Simp.* A lo menos esa noticia me consuela. Ya pondremos orden en lo demas.

D. *Eleut.* Pero los casaremos sin darles ni un dinero.

D. *Simp.* Por supuesto.

D. *Eleut.* La plata pierde á la juventud. No señor, ni un cuarto.

D. *Simp.* Yo voy á ver por un rato cómo se me recibe aqui. Veré si la fuerza de la sangre es tal en mis hijos, que me conozcan por el amo de esta casa.

D. *Eleut.* Sí: en cuanto digas tu nombre, te conocerán todos. Pues qué! ¿Habla la sangre? Pero vayá, bastante contento de-

bes estar, pues que para el colmo de tus bienes, tus hijos dóciles se casan con los mios. — A Dios, á Dios. Tengo que hacer cierta cobranza que exige mi presencia, y volveré despues con mis hijos para que se firme su contrato. (*vase.*)

D. *Simp.* No van del todo mal mis asuntos. Por lo tocante á este matrimonio estoy contentísimo. Mi compadre y yo no nos desarreglaremos sobre el cuanto. Somos de un mismo modo de pensar, y se dejará este artículo para despues de nuestra muerte. Ellos se lo compondrán cuando traten del gasto de los funerales. — Ahora por lo respectivo á este lujo infernal de mi casa, esto es un escándalo que me desatina. Hay que remediarlo en el dia; pero se necesita verlo todo bien antes: observemos con cuidado. (*Llaman con campanilla en el cuarto de Doña Prudencia. Clara sale para ir allá.*) Hola, hola! Esto es llamar á lo grande. ¿Quién será esta señorita, que va hácia donde llaman? ¡Y es bonita y del nuevo cuño!... ¿Si será mi hija? Me lo creo; ¡parece una duquesita! (*A Clara*). Oiga usted, criaturica, ¿dónde va usted tan aprisa?

Clar. Al gabinete de mi ama.

D. Simp ¡Pues qué! ¿es usted su camarera?

Clar. Si señor.

D. Simp. ¿De quién?

Clar. De mi señora Doña Prudencia. (*Hace que se va.*)

D. Simp. (*deteniéndola.*) Oiga usted dos palabritas.

Clar. ¿Qué es lo que usted quiere?

D. Simp. ¿Sabe usted quien soy yo?

Clar. No señor, pero ya se infiere quien podrá usted ser.

D. Simp. Soy el amigo mas íntimo de su amo de usted, y tambien de D. Eleuterio. Si quiero puedo hacer á usted mucho bien, aun en dinero contante.

Clar. No me vendria mal; pero estoy de prisa. Mi ama se irá á acostar ahora.

D. Simp. Cómo! ¡A las ocho de la mañana!

Clar. Si señor.

D. Simp. (*ap.*) ¡Qué vida y qué conducta!... Ah, perra!

Clar. A estilo de corte. Despues de la cena, con una amable compañía, el juego; despues del juego el baile; luego el rato de conversacion, que es el téte á téte, y por último á la cama.

D. *Simp.* Confieso que usted me deja aturdido. Yo no me esperaba que mi señora Doña Prudencia anduviese en esas bromas.

Clar. Ya se ve un hombre asi.... de esa especie.... y de esa edad, se debe admirar de esto; pero no hay cosa mas comun en la corte y ciudades grandes. Mi ama se sabe aprovechar de los inmensos bienes que junta en la América el roñoso de su marido, y para representar en Madrid entre las personas de honor se necesita hacerlo asi.

D. *Simp.* Ese es para mí un nuevo lenguage. ¿Qué es eso de representar?

Clar. Hay que explicárselo á usted todo. ¿De qué tierra viene usted?

D. *Simp.* Desde bastante lejos. Pero dígame usted: ¿y todos los de esta casa representan tambien su papel particular?

Clar. Me parece usted demasiado curioso.

D. *Simp.* Es que tengo algun interes por lo que se hace en ella.

Clar. Quién! Usted?

D. *Simp.* Yo, yo.

Clar. (*riéndose*). ¡Ja, ja, ja!

D. *Simp.* (*ap*) Se necesita para sacar algun partido de esta bribona, sacrificar alguna

moneda ; probémosla asi. (*Dando un duro á Clara*) D. Simplicio regala á usted esto por mi mano.

Clar. (*Mirando la moneda.*) Gracias! que mas vale algo que nada.

D. Simp. Agradézcale usted ese esfuerzo, y manifieste usted su zelo por el amo de esta casa, á quien no conoce usted.... Aqui entre nosotros. La verdad. Sin duda que en su ausencia, algun cortejo de madama habrá puesto todo esto en tan alto punto; porque el señor D. Simplicio....

Clar. (*Enfadándose*) Cómo! ¿Qué es eso de cortejo? ¡Cuidado con tocar á nuestro honor! Mire usted que no sé como me contengo.

D. Simp. Vaya, perdone usted. No hay que enfadarse.

Clar. Es que en tocándome á la estimacion de mi ama....

D. Simp. Ya.... pero.... como todo esto....

Clvr. Sepa usted que es prudentísima y muy honrada, al paso que se ve muy bien que usted es un necio en venir con esas preguntas.... (*Suena la campanilla. Clara responde hácia el gabinete, y vuelve á continuar su conversacion con D. Simplicio.*) Ya voy!.. —Si señor. Usted es un

grosero, un mentecato.... (*campanilla.*) ¡Voy corriendo!... Un tonto, que se cree que las doncellas de hoy irán á revelarle los secretos de las casas.... (*campanilla.*) ¡Volando voy!... Un viejo chocho, que si no fuera por respeto á esta circunstancia, sabria yo muy bien con esta manita.... (*campanilla siempre.*) ¡Ya va, ya va! (*vase al gabinete.*)

D. Simp. No sé si debo creer en su cólera. Algo sospechosa me debe ser. Ahora me estan dando mis ciertos ímpetus de entrarme allá tras de ella á lo brusco; pero no, todavía quiero observar mas.... (*El Baron saliendo del cuarto de Doña Prudencia.*) Hola! hola! ¡Qué gran caballero sale del gabinete de mi muger! ¡Qué papel habrá este usía representado alli!

El Baron á la parte de afuera, con la puerta entreabierta, como que habla con Doña Manuela.

Bar. A Dios, señora. ¡Cuánto debo á usted por mi felicidad!

D. Simp. (*ap.*) Mucho.

Bar. Abur, abur, hasta luego.

D. Simp. (*ap.*) Sí; luego, prontico. El caso es que al encontrarnos los dos amos de casa, pudiera suceder muy bien que uno

de ellos saliera por un balcon; pero como estoy de incógnito, no puedo mover ruidos.

Bar. Creo que hablan por aqui.

D. Simp. (*ap.*) ¡Malo, malo! (*como muy pensativo.*)

Bar. ¿Quién será este hombre que parece que está jurando entre dientes?

D. Simp. (*ap.*) ¡Buena va la danza!

Bar. Parece que esté loco.

D. Simp (*ap.*) Mas me hubiera valido haberme quedado en América con todo mi dinero.... Ah! malvada!...

Bar. (*á D. Simplicio.*) ¿Qué hace usted ahí hablando á solas?

D. Simp. Mas admirado estoy yo de ver á usted aqui.

Bar. ¿Y por qué, amigo mio?

D. Simp. Tal vez D. Simplicio, verdadero amo de esta casa, no lleve muy á bien que esté usted tan continuamente en ella.

Bar. ¿Quién le ha dicho á usted eso?

D. Simp. Quien lo sabe muy de cierto. ¿Conoce usted al señor D. Simplicio, con cuya señora está usted tan fino?

Bar. ¡Cómo le he de conocer si está en los antípodas; allá, en las Américas, enterrado entre oro y plata!

D. Simp. Pero á su muger, como que la conoce usted mucho.

Bar. Sin duda. Sus bondades para conmigo no tienen límites, y fundo mi dicha en poder, en lo sucesivo, vivir siempre junto á ella.

D. Simp. Sí, lo creo: ¿y ella ha convenido en eso?

Bar. Esa fue la primera condicion que me puso anoche.

D. Simp. Pues sepa usted que yo soy un comisionado de D. Simplicio.

Bar. Enhorabuena. Sea usted muy bien venido, si es para traernos de su parte alguna talega. Lo demas nada me importa.—Vaya, abur.

D. Simp. (*ap.*) Pronto encerraré yo á mi muger.... Ah, taimada!... Pero digo, caballero, usted que es el director de esta señora, ¿el cuarto de su hija Manolita está por aqui cerca?

Bar. Aqui mismo: en él voy á entrar. Mire usted, este es, este. (*Entra, y cierra la puerta.*)

D. Simp. ¡Qué diablo! Toda mi familia debe necesitar de este hombre. Le veo salir del cuarto de mi muger, y se entra en el de mi hija. ¡Cómo he podido tolerar-

lo!... ¡Me falta aun mas que ver!... (*Mirando adentro, de donde sale Camilo cargado con un baul sobre la espalda.*) Sí, mucho. Aun no cesan los misterios. Continuemos observándolos.

Cam. Gracias á Dios que llega el tiempo de dejarlo donde se me dijo. Pero no podré descargarme yo solo. Un navío de línea no puede pesar tanto. ¿No hay por aqui quien me ayude?

D. Simp. (*ap.*) A fin de saber qué trae este hombre, tendré que servirle de cireneo.

Cam. ¡Favor, que no puedo mas!

D. *Simp.* ¡Qué hay, amigo! ¿Quiere usted dejar la carga?

Cam. Si señor; pero me temo, que no basten las cansadas fuerzas de usted para ayudarme á descargar.

D. *Simp.* Pues, hombre, ¿qué viene ahí dentro que pesa tanto?

Cam. Los regalos de un señor para mi ama Doña Prudencia. Él se ha empeñado en que se muden los efectos de su casa á esta. De comun acuerdo han determinado que se venga aqui para vivir juntos.

D. *Simp.* (*ap.*) No me mintió cuando me lo dijo él mismo. ¡Y la cosa no es nada pública! Hasta el último de los criados está

bien informado. ¡Muger detestable! ¡Una galera será poco castigo para tu descaro!...

Cam. ¿En qué quedamos? que no puedo mas. ¿Me echa usted mano, ó lo tiro por tierra, aunque se alborote la casa, y se pierda todo? — Aqui á este lado, aqui lo dejaremos para que no estorbe.

D. *Simp.* ¡Despacio, despacio, que me estropea la mano!

Cam. Sostenga usted bien.... Cuidado!...

Sosteniendo D. Simplicio por detras, cae con estrépito el cofre, le coje un pie, y él dolorido va saltando con el otro mientras sus exclamaciones.

D. *Simp.* ¡Ay, ay, ay, ay! ¡Ay Dios mio! ¡Ay qué me ha muerto!...

Cam. (*enfadado.*) ¡Caduco miserable! ¡Para qué se pondrá á lo que no puede! ¡No se lo dije yo!... (*vase.*)

D. *Simp.* ¡Gracias! ¡Ay, ay! Agradezco la compasion. (*A los gritos salen Doña Manuela y el Baron.*)

Bar. ¡Qué alboroto es este!

D. *Man.* ¡A la hora crítica de dormir un rato, tanto ruido! ¿Quién es el que da esos gritos?

Bar. ¡Haz menos ruido, simple! ¿No te dije ya, que despues de haber velado to-

da la noche, se debe dormir?

D. Simp. (*ap.*) ¡Ni me dejarán resollar siquiera!

D. Man. (*á D. Simplicio.*) ¿Qué es eso?

D. Simp. ¡Un sueño, un delirio! Pero vengaré tantas afrentas.

D. Man. (*al Baron.*) ¿Quién es este hombre?

Bar. No sé.... Un estrafalario. Dice que es un agente, enviado aqui por tu padre.

D. Man. ¡Y un agente de morondanga nos alborota asi!

D. Simp. (*ap.*) Pero señor, ¡cómo mi hijo el abogado permite estos desórdenes, sin salir con mil querellas!

D. Man (*á D. Simplicio.*) ¿Le ha enfadado á usted mi marido?

D. *Simp.* (*ap*) ¡Su marido!... En fin, del mal el menos. (*á Doña Manuela*) Qué! ¿es el señor su marido de usted?

D, *Man.* Sin duda.

Bar. El mismo.

D. *Simp.* ¿El hijo de D. Eleuterio?

D. *Man.* Mi nuevo esposo amado. Cuando escriba usted á mi padre, ó le vea, hágale usted la relacion dichosa de mis esponsales con este señor.

Bar. Sí, notícieselo usted.

D. *Simp.* D. Eleuterio me habia dicho, en efecto, que se pensaba en casar á usted; pero no que lo estuviese usted ya.

Bar. Pues nosotros se lo decimos á usted mas claro.

D. *Simp.* Pero ¿ casados *in totum* ?

Bar.......}
D. *Man.* } Si señor.

D. *Simp.* ¿ Desde cuando ?

Bar. Desde la noche pasada.

D. *Simp.* (*hablando con Doña Manuela, y mirando al Baron.*) Confieso que su marido de usted es muy buen mozo.... pero como que no tiene trazas de ser hijo de D. Eleuterio.

D. *Man.* ¿ No sabe usted que es muy comun que muchos hijos no se semejan á sus padres ? Segun dicen, el hijo de D. Simplicio tampoco se parece en nada al suyo.

D. *Simp.* ¡ Quién lo dijera !... ¿Si estará tambien ya ese abogadillo casado?

D. *Man.* ¡ Pues no lo ha de estar ! Separadamente.

D. *Simp.* ¿ Quién ? Él?

Bar. Ahora mismo está ya en su habitacion matrimonial con mi hermana.

D. *Simp.* ¿Con su hermana de usted?

Bar.... ..
D *Man.* } Si señor.

D. *Simp.* ¡Yo me confundo, y no entiendo palotada de lo que estoy oyendo! ¡Cómo!.. ¿Mi compadre D. Eleuterio no me hubiera dado estas noticias?

Bar. Qué se le da á él, si es un hombre que no piensa mas que en su último doblon; siempre en sus cobranzas, y ajustando cuentas, plata y mas plata.

D. *Simp.* Pero ¿ese segundo matrimonio está tambien hecho ya?

D. *Man.* Si señor; se hizo al mismo tiempo que el mio.

Bar. ¿No ha visto usted las reliquias de la boda?

D. *Simp.* ¡Ya, ya! Como que tienen ustedes el aire de no descuidarse.

Bar. Nosotros queremos todas las cosas en su debido tiempo.

D. *Simp.* No será eso lo peor; con tal que la boda no haya sido excesivamente costosa, y de un gasto disparatado, como el de los que quieren representar, tal vez se podrá disimular esa ligereza. Por otra parte usted me va pareciendo un joven muy regular.

D. *Man.* Eso sí, mucho; es muy amable.

D. *Simp.* (*al Baron*) ¿Y su hermanita de usted, es tan interesante como usted mismo?

Bar. Me excede en mérito.

D. *Man.* Mi cuñadita no tiene igual.

D. *Simp.* Siendo asi, tal vez D. Simplicio pase con poca dificultad por todo eso.— Voy pues á hablar con la madre de ustedes (si mi pie me lo permite), por ver si... (*Da unos pasos cojeando. Le detiene Doña Manuela.*)

D. *Man.* ¿Qué va usted á hacer?

Bar. No señor.

D. *Man.* Está ahora descansando. No puede menos de haber quedado fatigadísima: ¡ha tenido tantas cosas de que cuidar esta noche!

D. *Simp.* Vaya, pues me subiré á hablar á su hijo....

D. *Man.* No, no, tampoco.

Bar. Estará ahora ocupadísimo.

D. *Simp.* ¡Pues no es mala aventura! ¿Con que á nadie podré yo ver en esta casa?

Bar. Hay ciertas ocasiones en que un hombre de juicio no debe interrumpir las gentes. Téngalo usted por sabido. Va-

mos, querida, vamos.—Escriba usted todo esto á nuestro padre.

D. *Man.* Y asegúrele usted de nuestra suma alegría.

D. *Simp.* Calle, calle; ¡y su alegría! Pues no sé yo si él estará contento con un asunto tan de repente.

Bar. Abur. Vuelva usted á la noche, y cenará con nosotros.

D. *Man.* Hasta la vista.

Bar. Servidor de usted.

D. *Man.* Y yo su criada. (*vanse dándola él el brazo.*)

D. *Simp.* ¡Mi compadre D. Eleuterio se ha dado buena prisa á concluir este negocio sin mí!... ¡Qué furor matrimonial se ha apoderado de todas estas gentes! ¡No han tardado todos en arreglarse! Acabo de apearme, y en el instante se casa todo el mundo. A la verdad que para complemento no falta mas de que mi muger se me haya casado tambien. Tan atolondrada tengo mi cabeza con estas cosas, que me hace olvidar del dolor de mi pie.... Mejor será que me dé á conocer, sin andar ya en paños calientes. Allá me entro sin esperar á mas. (*Da porrazos á la puerta. Clara la abre un poco, y le habla.* ¡Hola,

señora, vamos abriendo aqui.

Clar. (*Mandándole callar.*) Sit, sit. No se puede entrar por ahora. (*cierra, y se entra.*)

D. *Simp.* ¡Como qué! ¡Tu amo entrará, insolente! Él buscará por donde. (*Vase dando golpes.*)

ACTO TERCERO.

D. Simplicio sale por la puerta del foro, por donde habia entrado.

D. *Simp.* Por mas que grito y corro por toda la casa, no oigo mas que ronquidos. Los criados han cerrado por dentro sus puertas, y duermen á pierna suelta. Los novios por supuesto que tardarán en levantarse mas que los siete durmientes. Tengo apurada mi paciencia. No sé qué hacerme. (*Llega D. Eleuterio con papeles y tintero.*)

D. *Eleut.* Ya estoy aqui, compadre. No falta mas que las firmas en la escritura del contrato matrimonial.

D. *Simp.* ¿Qué firmas?

D. *Eleut.* Pues ¿no quedamos antes en eso? Se necesita concluir este asunto.

D. *Simp.* Yo creo que chocheas. Bastante concluido está.

D. *Eleut.* Vengo para que despachemos esto.

D. *Simp.* ¿Qué es lo que dices?

D. *Eleut.* Que todo está ya dispuesto.

D. *Simp.* Tú te burlas. Como que está ya hecho.

D. *Eleut.* No, compadre. Tu muger lo sabe, eso sí; pero lo habrá ya dispuesto todo, y nos estará esperando.

D. *Simp.* No he podido yo verla todavía. Está durmiendo: mi hijo está durmiendo; mi hija duerme igualmente con mi yerno; y en una palabra, por aqui no anda una persona en pie. Pero vamos claros, compadre, ¿qué aquilon matrimonial ha soplado por aqui, que os ha hecho concluir estas bodas en una sola noche?

D. *Eleut.* ¿Estás loco?

D. *Simp.* ¡Pues qué! mi hijo ¿no está ahora mismo en su cuarto con tu hija Blasa? ¿No se han casado esta noche?

D. *Eleut.* Cómo! ¡si ha estado toda la noche componiendo su escofieta, y se está vistiendo á toda prisa para venir ahora aqui! Mi hijo para ahorrarnos del gasto de la copia de la escritura, ha estado sacando la copia.

D. *Simp.* ¿Con que tus hijos no han pasado aqui la noche anterior con los mios?

D. *Eleut.* Imposible.

D *Simp.* El diablo anda suelto entre mi familia.

D. *Eleut*. Sí, sí, lo creo.

D. *Simp*. ¡Ah picarones!... ¡Muger loca! ¡ya me la pagareis! Yo os haré ver quien es en esta casa el amo. Pero, compadre, averigüemos bien el caso. Estas dudas me matan. Corre, ve, dile á mi hijo que baje. Dile que acaba de llegar un comisionado de su padre, que tiene un asunto de importancia que comunicarle, y no se puede esperar.

D. *Eleut*. Sí, voy á traértele. Se necesita que sea castigado mi yerno. Mandaremos hacer una querella para el alcalde.

D. *Simp*. Anda, y no hables tanto.

D. *Eleut*. Digo, compadre, esto podrá costar algun dinero, pero no importa. (*Hace que se va, y vuelve.*)

D. *Simp*. Anda aprisa.

D. *Eleut*. Otra cosa aun. ¿Haremos que venga aqui la justicia?

D. *Simp*. Ve volando.

D. *Eleut*. Voy, voy.

D. *Simp*. ¡Oh viage cruel! ¡Oh autoridad marital y paterna!... Lujo, invencion de satanas, ¡tú lo corrompes y pierdes todo! ¡Tú has infestado á mi muger y mis hijos! Han perdido el honor y mi dinero, que

es lo mas sensible.—Ya, ya está aqui: si es él, ¡con qué trage viene! ¡por qué este pícaro abogado no vendrá de golilla! (*D. Eleuterio y D. Fernando.*)

D. Fern. ¿Qué hombre es este? Su figura es extraña.

D. Eleut. Pues es el mayor amigo de su padre de usted.

D. Fern. ¿Y suele prestar dinero?

D. Eleut. Me parece que no, porque es muy rico.

D. *Simp.* Dígame usted, señor mio, ¿es usted abogado?

D. *Fern.* Ni por pienso.

D. *Simp.* (*ap.*) ¡Ah traidor! ¿Está usted casado?

D. *Fern.* Si señor, y muy á mi gusto.

D. *Simp.* ¿Y su hermana de usted?

D. *Fern.* Tambien. Esta noche tomamos nuestro nuevo estado.

D. *Eleut.* ¡Casados!

D. *Simp.* ¡Perverso!

D. *Eleut.* Pues usted, ¿con quién?

D. *Fern.* Con mi muger.

D. *Eleut.* ¿Con mi Blasica?

D. *Fern.* Qué! ¡No hay mala diferencia!

D. *Simp.* (*ap.*) El corazon se me parte de cólera. — ¿ Pues con quién ? Vamos pronto, dígalo usted.

D. *Fern.* ¿ Quién es mi esposa ?

D. *Simp.* Si señor.

D. *Fern.* La hermana del mismo, con quien se ha casado mi hermana.

D. *Eleut.* ¡ Qué guirigay es este !

D. *Simp.* Tampoco yo lo entiendo.

D. *Fern.* La cosa es clara. Bien sabe usted, mi estimado D. Eleuterio, que una orden expresa y terminante de mi padre mandaba á mi señora madre, que inmediatamente casase á su hija é hijo....

D. *Simp.* ¡ Y qué ! seo tunante.

D. *Fern.* Que hubo que obedecerle sin pérdida de tiempo. No en el todo ; pero, sí, en la mayor parte. Él queria un repentino matrimonio, y lo hicimos al momento. Verdad es que no se egecutó con las personas que nombraba en su carta; pero se hizo lo principal, lo demas no nos importa. Un señor Baron, íntimo amigo de todos nosotros, entraba en nuestra casa....

D. *Eleut.* ¡ Ya, ya ! Basta, no mas. Me acuerdo de ese amigo.... Vaya, compa-

dre, se han burlado de nosotros. Ya me lo temia yo.

D. *Simp.* ¡Y qué no haya aqui un alcalde con diez ú doce ministriles!

D. *Fern.* ¿Y quién es usted para interesarse tanto en nuestros asuntos? Sepa usted, señor agente de mi padre, que si no fuera por los respetos del que le ha comisionado, saldria usted por una ventana para que dejase antes este sitio. Vamos, desocupe usted el campo inmediatamente.

D. *Simp.* Cómo! ¡Falsario insolente, echarme tú de aqui! ¡Tú, oprobio de tu padre, tú sin ser abogado!

A sus gritos salen Doña Prudencia y Clara por un ladò, y el Baron con Doña Manuela por otro.

D. *Man.* ¿Qué ruido es este?

Bar. Ya conozco lo que es. El viejo que se maravillaba tanto de que nos hubiésemos casado.

D. *Prud.* Mira quien es, Clara.

Clar. Este es mi preguntador importuno.

Bar. Dice ser el agente de su marido de usted.

D. *Simp.* (*Volviéndose hácia Doña Pruden-*

cia colérico.) Sí: yo soy, yo....

D. *Prud.* ¡Qué es lo que estoy viendo!.... ¿Creeré á mi corazon?... ¡Ay Dios! Él es; sí, es él mismo.

D. *Simp.* (*ap.*) Ya la tenemos aqui. Esta es mi infidelísima muger, sin ser la misma. No, no tendrá medios de excusar sus faltas conmigo.

D. *Prud.* ¡Tú eres, mi querido esposo!... (*Va á abrazarle.*)

D. *Simp.* (*desechándola.*) No, no, aparta!...

D. *Man.* ¡Ay que es mi padre!

D. *Fern.* ¡Mi padre!

Bar. ¡Ay Dios, mi suegro!

D. *Prud.* Dígnate mirar de un modo indulgente á mí y á tus hijos que tienes á tus pies. (*Ella se pone asi.*)

Bar. Perdóneme usted. No sabia yo quien era....

D. *Simp.* ¡Fuera, hombre osado!

Bar. Disimule usted mi error.

Clar. ¿Cómo habiamos de creer á usted el marido de mi ama? ¡Pues somos adivinos!

D. *Fern.* Padre, á los pies de usted....

D. *Simp.* ¡Triste apóstata del foro! ¡mal casado y peor hijo! ¡Representando aqui el papel del importante, es como recibes á

tu padre! ¿Asi es como se le respeta y quiere?

D. *Eleut.* (*A D. Simplicio.*) Esa es la fuerza de la sangre.

D. *Prud.* (*Incorporándose.*) ¡A qué fin, mi esposo amado, á qué viene ese furor contra nuestro dichoso destino! Hoy vuelves á hallar, llena de felicidad, á toda tu familia: á tu esposa que te respeta y ama; y á tus hijos que he sabido colocar dignamente, porque el cielo ha protegido mis desvelos por su buena educacion durante tu ausencia. No nos dé tu precipitada cólera este sentimiento mortal. Mira que no puede resistirlo el corazon de tu esposa.

D. *Simp.* No, no, tú no eres mi muger. Ella era ahorradora, cosía, hilaba, y apenas comia. De ningun modo, mi Prudencia virtuosa, hubiera podido jugar, pasear, bailar, arruinar mi familia, ni dar mi hija á un señor Baron preciado y presumido. ¡Cómo habia ella de haber hecho perder su latin y sus pandectas á mi hijo, el mejor estudiante de la Universidad de Alcalá, habiéndole ingertado en un militar pisaverde! ¡Esta es, pérfida,

la recompensa con que pagas mis innumerables sacrificios, hechos para vuestro bien, en el espacio de veinte años! Pues, ¡tú aqui dando costosos ambigús por la noche, esplendidos banquetes al medio dia! ¿es asi como imponias á ganancia mi dinero? Vamos, pronto, empiece la reforma. Desalojen todos esta lujosa casa. Fuera de ella, y vayan á esperarme á la guardilla.

D. *Fern* (*ap.*) ¡Ay qué padre!

Bar. ¡Qué suegro!

D. *Man.* ¡Qué ideas tiene, Dios mio!

D. *Prud.* Hazme el favor de moderarte; óyeme un instante, y sentenciarás luego. No sé haber cometido yo ninguno de esos yerros; pero tú no estás exento de los de tu índole y preocupaciones. Cuando nos veíamos ambos en la escasez, bien sabes que me di á ciertas virtudes propias de la indigencia. Yo tomé á mi cargo el cuidado de la crianza de nuestros hijos, y me privaba aun de lo necesario, por procurarlos una educacion que los sirviera de herencia. En cuanto adquiriste con tu dichoso viage algunos bienes, que fiaste á mi fidelidad, supe imponer-

los á rédito, donde estan aun bien seguros, produciendo con aumento.

D. *Simp.* Sí! ¿La verdad?...

D. Prud. Sus productos han servido para el feliz establecimiento de mi Manuela y Fernandico. Deseaba yo que fuese con arreglo á tus miras; Dios sabe que no ha podido ser, ni ha convenido nadie en ellas. En fin, en cuanto aumentaste tu caudal, le he hecho servir en parte á que nos procure una vida menos penosa, y de una clase propia del nacimiento que tuvimos. No, no he abusado yo de la abundancia; pero no ignoro que se debe dar cuenta al público del uso que uno hace de sus riquezas. El que las entierra las inutiliza; es un mal patriota; ofende al estado, y se agravia á sí mismo. Qué! ¿se debe estar siempre sobre el mostrador, con un rostro pálido y los ojos turbios, privándose de lo necesario, junto á las arcas llenas, para tener que dejárselo algun dia, cuando llegue la muerte? No, no; vive feliz, y siempre ya con nosotros, amado esposo mio; vive y disfruta de la prudente comodidad en que nosotros vivimos. Ella debe de ser el precio de nues-

tros anteriores trabajos. Pon tú el sello á nuestra ventura, colmando nuestros deseos con tu amable compañía. Ser rico es poca cosa; mas vale ser feliz.

D. Simp. No haces mal el panegírico del lujo y la prodigalidad; pero aunque eso sea, ¿deberé yo permitir que, durante mi ausencia, usted disponga de mis bienes, de mis hijos y de todo?

D. Prud. De nada de esto he dejado de darte parte; todo te lo escribí. Este enlace es muy prudente, y debe parecerte asi. Tus hijos son dichosos, y tú deberás serlo.

D. Simp. Eso no; yo me ofenderia de ser feliz á pesar mio. Eso seria ser dichoso á lo necio, sufriendo que en su casa la muger, los yernos y los hijos se regocijen de este modo.

D. Prud. No siempre te disgustará esta union.

D. Simp. Sí tal, sí; se necesita que uno sea el amo de su casa.

D. Prud. Pues siempre lo serás; séaslo siempre.

D. Fern. Disponga usted solo de mí, querido padre.

D. Prud. No desearemos todos si no servirte.

D. Man. No se pensará aqui mas que en complacer á usted, amado padre.

Bar. Tal será nuestro anhelo, durante nuestra vida.

D. Man. Padre!... .
D. Fern. Gracia!.... .
Bar. Perdon! .... *Casi á un tiempo.*
D. Prud. Indulgencia, amado mio! ......

Clar. ¡Lo ve usted, señor! no ha faltado mas palabra para la súplica general que la que voy yo añadir. ¡Indulto, indulto, amo mio! Enternézcase usted pronto. Todas estas nobles personas se estiman con la mayor pasion: créame usted, hágase de su partido. Aqui nadie esperaba á usted por ahora. La casa va de bien á mejor. Pues que está usted en ella, no la deje ya. Esté usted alegre como nosotros, ó Dios se le vuelva á llevar. Todos, todos prometemos á usted festejarle y servirle. No hay cosa mas irracional y detestable que gruñir á solas por el bien de los otros.

D. Simp. ¡Qué dices á esto, compadre! ¿Quieres que cedamos al dictamen de esta impertinente?

D. Eleut. Yo tengo el corazon mas duro; pero por último, qué se ha de hacer. La cosa ya no tiene remedio. A ti te está impeliendo la fuerza de la sangre, y á mi Blasa no la faltarán en el dia cien abogados por uno que aqui pierde.

D. Prud. No nos tengas asi. Cede en fin.

D. Simp. Vaya, hijos mios, besadme la mano.... Mi querida Prudencia, yo soy algo raro; pero, bien lo sabes, no soy insensible. Estan bien colocados mis hijos, y de su plena voluntad me alegro, y sea enhorabuena. Y pues que despues de la muerte no pueden gastarse las riquezas, no será malo que disfrutemos algo de ellas en vida. ¡Pero cuidado, señores, con disiparlo todo!

D. Prud. No lo temas: el honor y la virtud son garantes de la economía: vive, disfruta, y descansa.

D. Simp. ¿Con que trescientos mil pesos tienes impuestos?

D. Prud. Y con toda seguridad.

D. Simp. (*Sacando una cartera*) Pues mira aqui casi el duplo que te traigo, para que dispongas de ello.

D. Prud. Dame un abrazo con un corazon

tierno, y esos son los mejores millones que me puedes traer, y de ti deseo.

D. Simp. (*abrazándola.*) Aqui se acaba todo. Tú me haces feliz casi á pesar mio. Seamos dichosos, y deseemos prácticamente que los demas lo sean. Pues si es feliz el que puede pasar su vida tranquila, en el lugar de su nacimiento, donde en su juventud se procuró unos buenos amigos; lo es infinitamente mas el que vuelve á encontrar tan dulces bienes, despues de que él habia creido que los habia perdido para siempre.

FIN.

Comedias nuevas en octavo que se hallarán en la librería de Mompié.

Dorsan, ó la reparacion de un delito.
El Abogado Embrollon y el Litigante generoso.
El Aguador de París.
El Bosque peligroso, ó los Ladrones de la Calabria.
El Fiscal de su delito, Juez sordo y testigo ciego.
El Hombre de la Selva negra.
El Hombre Gris, ó sea el Ceniciento.
El Imperio de la verdad, ó el Sepulturero.
El Pelayo.
El Sueño, ó la Capilla de Gleston.
Elmira, ó la Americana.
Idomeneo.
José Segundo en Saltzburg, ó la Huérfana.
La Cabeza de Bronce, ó el Desertor Ungaro.
La Calumnia, ó sea la Madre incógnita.
La Condesa de Castilla.
La Corona de laurel, ó la fuerza de las leyes.
La Filantropía ó reparacion de un delito.
La Inocencia y la intriga, ó el robo.
La Italiana en Argel.
La Recompensa del arrepentimiento.

La Urraca Ladrona.
La Zoraida.
Las Segundas nupcias, ó la Condescendencia.
Las Víctimas de la Impostura, ó sean los Expósitos.
Los Comerciantes de Lisboa.
Los Compadres codiciosos.
Los dos Valdomiros.
Los Hermanos á la prueba.
Llorar por los muertos, y suspirar por los vivos, ó las lágrimas engañadoras de una viuda.
Pítaco.

Piezas en un acto.

A pícaro, pícaro y medio.
Areo Rey de Armenia.
Armida y Reinaldo. Dos partes.
Doña Ines de Castro.
El Abate enredador.
El Amor constante.
El Atolondrado.
El Dia de Campo.
El Esplin.
El Músico Manía.
El Negro sensible.
El Sueño.

Unipersonales.

Abelardo, ó el amante de Heloisa.
Arnesto.
Dido abandonada.
Domingo ó el Cochero.
Don Anton el holgazan.
Don Líquido, ó el Currutaco vistiéndose.
Doña Isabel de Segura, ó la casta amante de Teruel.
El Cómico de la legua.
El Curioso impertinente.
El Entretenido, ó la brevedad sin substancia.
El Famoso Rompegalas, ó el Tiñoso sentenciado á azotes.
El Joven Pedro Guzman.
El Loco.
El Mercader aburrido.
El Poeta escribiendo un Monólogo.
Florinda.
Guzman el bueno.
Hannibal.
Idomeneo.
Perico el de los palotes.
Pigmalion.
Saul.